

Dieter Rall

**La Revolución mexicana en *Tierra* (1932) y
¡*Mi General!* (1934), de Gregorio López y Fuentes,
y en *La rebelión de los colgados* (1936) y *El General.
Tierra y Libertad* (1940), de B. Traven**

1. Introducción

En las reflexiones sobre dos autores, uno mexicano y el otro mexicano naturalizado, de origen alemán, que han tratado, de manera representativa, el tema de la Revolución mexicana seguiré la pauta de comparar las imágenes de la Revolución en textos mexicanos con las de otros países para contrarrestar la tendencia de la imagología y del debate sobre la alteridad de percibir las representaciones del Otro como un proceso unilateral y ahistórico que no tiene repercusiones sobre la cultura representada.

En la literatura comparada, por definición, se comparan imágenes y textos producidos en dos o más lenguas y provenientes de tradiciones literarias y culturales diferentes. Con esta primera definición sencilla, ya nos encontramos en un dilema: no hay duda de que Gregorio López y Fuentes es un autor intrínsecamente mexicano, pero: ¿B. Traven?

En un trabajo publicado años atrás (Rall 1995) traté de contestar a la pregunta de si B. Traven, [era] un autor mexicano; y llegué a la conclusión de que sí y no. Cuando se investigan las opiniones que han expresado críticos y autores mexicanos sobre B. Traven poco después de su muerte, ocurrida en 1969, la mayoría de los colegas de B. Traven lo juzgaron severamente y más bien tendieron a negarle la entrada al parnaso de la literatura mexicana. Resulta interesante que Rosario Castellanos subrayara que las novelas de B. Traven siempre contenían el punto de vista de un extranjero. Salvador Novo sintió la presencia de un 'exotismo no mexicano'. Emmanuel Carballo consideraba que las obras de B. Traven eran muy humanas, pero desde el punto de vista actual, también insípidas y aburridas. Para Sergio Fernández,

B. Traven era un ‘extraño personaje’, sin influencia alguna sobre la literatura mexicana o latinoamericana. Andrés Iduarte pensaba que era un ‘hijo de la Revolución mexicana’. Y Tomás Mojarro valoraba el carácter documental de sus obras, su estilo y su importancia como precursor de la novela indigenista.

Mauricio Magdalena también subrayó el tosco estilo de Traven, mediante el cual expresaba la verdad de manera tan directa, pero para él, sin duda, Traven “figura, por derecho indiscutible, entre nuestros más eminentes novelistas, al lado de Mariano Azuela” (Sanciprián 1991: 12).

Con esta discusión, nos encontramos frente a varios temas y criterios que tendremos que tomar en cuenta en un estudio comparatista: la recepción del autor en México; las reacciones de los lectores de las novelas y de los cuentos, y de un público más amplio, cuando pensamos en el éxito que han tenido películas como *El tesoro de la Sierra Madre*, *Macario* y *La rebelión de los colgados* (Rall 2003).

Además, tendremos que hablar del estilo, tanto en las novelas de B. Traven como en las de Gregorio López y Fuentes. En el estilo y en las posiciones que toman los autores ante la Revolución mexicana, se reflejan sus ideologías.

Difícil de contestar es la pregunta de si Gregorio López y Fuentes u otros autores mexicanos de la novela de la Revolución han ejercido alguna influencia sobre B. Traven. En la hasta la fecha probablemente mejor biografía sobre el autor, *B. Traven: biografía de un misterio*, de Karl S. Guthke, no se menciona nada concreto al respecto. Pero constata Guthke: “[...] hallé libros sobre la arqueología y la historia de Mesoamérica, así como acerca de los indígenas mexicanos, su arte, mitología e idiomas” (Guthke 2001: 597). Y apunta:

La mayoría de los amigos de Traven tuvieron vínculos con el cine y las artes creativas, no con el mundo literario. [...] Aparte de Luis Suárez, el destacado periodista y editor de las *Obras escogidas*, uno de los miembros más importantes del círculo de Traven relacionados con la literatura fue el dramaturgo y crítico Rodolfo Usigli (Guthke 2001: 604).

Otro aspecto a tratar serán las imágenes que se pintan de la Revolución, tanto de los revolucionarios como de los conservadores. Ahí surgirá la pregunta de si López y Fuentes ha escrito, supuestamente, “desde adentro” y B. Traven “desde afuera”. Respecto a esta clasificación, he tratado, en un trabajo anterior (Rall 1996), de distinguir tres posiciones ante el ‘Otro’ que se pueden observar tanto en autores

mexicanos como extranjeros. Porque no todos los autores mexicanos escriben necesariamente “desde adentro”, cuando pensamos, por ejemplo, en la imagen que dan de los grupos indígenas que aparecen en novelas con la temática que aquí nos interesa. Que B. Traven escribiera siempre “desde el punto de vista de un extranjero”, como decía Rosario Castellanos, y que sus novelas estén plagadas de “exotismo no mexicano”, según Salvador Novo, no las descalifica de antemano.

El autor francés Jean-Marie Le Clézio, Premio Nobel de Literatura 2008, también trató temas mexicanos. Y justamente este hecho fue una de las razones por las cuales la Academia Sueca determinó concederle el galardón, al considerar que es “el escritor de la ruptura, de la aventura poética y de la sensualidad extasiada”, además de ser “un investigador de una humanidad fuera y debajo de la civilización reinante” (Montaño Garfías 2008: 2A).

Vamos a examinar si las imágenes que pinta el autor de origen alemán de la Revolución mexicana y de “los Otros”, pueden ser consideradas “unilaterales y ahistóricas”, por el solo hecho de ser escritas “desde afuera” o –según mi definición– “con una ‘perspectiva interna desde el exterior’” (Rall 1996: 26). Y, finalmente, compararé cómo aparecen y son tratados los temas de “Tierra y Libertad” y de los protagonistas de la Revolución, Zapata, los generales, los soldados, los indígenas y los políticos, en las novelas, y cuáles motivos son recurrentes en las páginas de los dos autores.

2. Escribir novelas históricas: entre historia y ficción

Como premisa de mis reflexiones sobre las cuatro novelas de Gregorio López y Fuentes y de B. Traven, me gustaría afirmar que con estos ejemplos literarios nos movemos dentro de la novela histórica.

Con Hugo Aust quisiera asentar una primera definición, cuando dice que “[...] entrar en la ‘narración histórica’ significa narrar historias que se basan en hechos históricos reconocibles”¹ (Aust en Grimm 2008: 63). Es decir, se le proporcionan al lector ciertas informaciones relacionadas con su conocimiento histórico previo y que identifican la novela histórica. Las novelas de B. Traven y de López y Fuentes se relacionan con la Revolución mexicana ya a partir de sus títulos, como

1 Todas las traducciones de citas en alemán son mías.

Tierra. La revolución agraria en México, pero también por el contenido. Así se cuentan, al final de la novela de López y Fuentes, los pormenores del asesinato del “general Zapata”. *El General*, de B. Traven, empieza con un programa histórico: “‘Tierra y libertad’. Con este grito de guerra en los labios, un grupo de indios abandonó las montañas del sur de la República para derrocar la dictadura y conquistar tierra y libertad” (Traven 1971, II: 893).

En nuestro contexto literario, se trata de hechos históricos fácilmente “reconocibles”. Sigamos con la caracterización de la novela histórica ofrecida por Hugo Aust:

Normalmente, estas novelas emiten señales históricas; se trata de fechas, nombres (de personajes, lugares, eventos, épocas), detalles de la historia cultural y social, documentos oficiales. Todas esas señales expresan una diferencia y distancia históricas, aunque no nos transponen en el pasado, sino en la ficción (Aust en Grimm 2008: 63).

El mismo Florian Grimm afirma:

Quien quiere investigar narraciones históricas, tiene que definir lo que entiende bajo el concepto de “historia” y tiene que analizar su papel dentro de la literatura con contenidos históricos. Al mismo tiempo hay que preguntarse cuáles estrategias utiliza la narración y cuál efecto quiere lograr en el lector. ¿Cómo se narra la historia y con cuál reivindicación de “verdad” se presenta lo narrado y con cuál concepto de “libertad artística”? (Grimm 2008: 57).

Quien se ocupa de la novela histórica, tendrá que deslindar la historiografía de las narraciones históricas ficticias, pero también tiene que admitir que no se pueden presentar hechos históricos sin su interpretación. En cada presentación de sucesos históricos, existe una relación entre los valores ideológicos del intérprete y la selección del modo de representación (Grimm 2008: 47). En las descripciones historiográficas –como en las interpretaciones literarias– se reflejan las ideologías y la cosmovisión (*Weltanschauung*) del historiador. Se trata de narraciones que ayudan a aprehender los sucesos históricos.

Se vuelven más evidentes esas tesis cuando nos damos cuenta del hecho de que cualquier suceso histórico puede narrarse de múltiples maneras, dependiendo esas interpretaciones de la época y de la región y la tradición histórica en la cual se mueve el historiador, así como de su mentalidad, de sus valores y otros aspectos de su personalidad (Grimm 2008: 47).

Ante esta situación epistemológica del historiador, la posición de la novela histórica se presenta de manera diferente. La relación entre la representación fiel de los hechos y la estética de la narración se invierte. El conocimiento de hechos históricos confirmados y su presentación ‘objetiva’ se consideran como secundarios desde la perspectiva literaria, mientras que la calidad artística de la narración aparece como central. Según Alfred Döblin, citado por Grimm (2008: 58-59), la novela histórica pertenece al dominio de la literatura y no se tiene que someter a las categorías y las metodologías de la historiografía. Como obra de arte, forma parte de la ficción y de lo posible y no de la ‘realidad’. La novela histórica aprovecha hechos históricos como fuente de inspiración y proveedor de materia prima. Para el escritor, en el centro de su atención está la preocupación por el ensamblaje del material, la caracterización de los protagonistas y del momento histórico, y por la adaptación de los personajes y de los sucesos al proceso literario de narración. En ese proceso de creación, no se disuelve la relación con los sucesos históricos “objetivables”, pero se “afloja”, para decirlo de alguna manera. Esto es tanto más visible en el caso de la novela histórica posmoderna.

3. Las novelas de Gregorio López y Fuentes

Entre las novelas con contenido histórico, revolucionario y social de Gregorio López y Fuentes (1897-1966) escogí *Tierra* y *¡Mi general!* No menos conocido es *Campamento* (1931), una visión de la Revolución

durante un descanso nocturno de las tropas rebeldes en vísperas de un combate. [...] Cada capítulo es una visión de cada uno de los grupos dispersos en el campamento. Se escuchan conversaciones, confidencias, relatos de combates, anécdotas, aventuras, sucedidos chuscos (Castro Leal 1969, II: 176).

A mí me recuerda, como concepción literaria y no en su forma, la obra dramática *Wallensteins Lager* (“El campamento de Wallenstein”), de Friedrich Schiller.

Otras novelas programáticas de López y Fuentes son *El indio* (1935; Premio Nacional de Literatura de 1935), su libro más conocido, que contiene una fuerte crítica de la Revolución porque no cumplió con sus promesas para los indígenas, y *Arrieros* (1937) y *Los peregrin-*

nos inmóviles (1944). Estas dos novelas también están dedicadas a temas indígenas y del campo mexicano, y recuerdan varias obras y temáticas de B. Traven, por ejemplo *La carreta* o *Gobierno* (ambas se publicaron en 1931). La comparación de obras de los dos autores no se da por casualidad. Lo que llama la atención es el hecho de que la crítica mexicana haga hincapié, frecuentemente, en los escuetos recursos estilísticos de los dos autores. El nombre de López y Fuentes probablemente hoy día no se enumere, automáticamente, entre los autores más importantes de la novela de la Revolución mexicana. Así, lo omitió Max Aub en su *Guía de narradores de la Revolución mexicana* (1969) y sólo lo menciona en una breve nota biobibliográfica. Pero agrega un juicio sobre López y Fuentes que se ha repetido mucho: “Fue escritor sobrio, poco amigo de dar explicaciones” (Aub 1969: 21). Emmanuel Carballo tampoco le dedicó un capítulo propio entre sus *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX* (1965). Pero Rafael F. Muñoz, en la entrevista, le dice a Carballo:

Los escritores de mi generación: López y Fuentes, Magdaleno, Ferretis y yo nos propusimos escribir en forma comprensible, tanto para los lectores de México como para los lectores de los demás países de lengua española (Carballo 1965: 272).

En el *Diccionario de escritores mexicanos*, Aurora M. Ocampo dice de López y Fuentes: “Poseedor de un estilo dinámico y espontáneo, enfocado principalmente en la noticia, sus novelas son más bien crónicas noveladas que el escritor vivió en carne propia (Ocampo et al. 1988-2007, IV: 462).

Las dos novelas escogidas de Gregorio López y Fuentes se ubican bajo el complejo tema de la Revolución mexicana. En las dos obras que inician en un ambiente de cambio, de optimismo, de primeros éxitos de los campesinos levantados en armas, se registran, a lo largo de la trama, desencantos, decepciones, traiciones, fracasos de la Revolución. *Tierra* gira alrededor de un personaje histórico, Emiliano Zapata, y termina con la descripción detallada de los sucesos que llevaron a su asesinato.

Al contrario de estos ingredientes indispensables de las narraciones literarias históricas, mencionados en mi introducción, a saber, que contengan “hechos históricos fácilmente reconocibles”, en el caso de *¡Mi General!*, nos encontramos ante una novela “con personajes sin nombres y para él [el autor] la sociedad es una abstracción histórica

ajena a las unidades estrictas del tiempo”, como apunta Fernando Alegría en *Literatura y revolución* (Alegría 1971: 37).

Pero existen marcadas diferencias. El subtítulo de *Tierra* (1932) es “La revolución agraria en México”. La novela se desarrolla entre los años 1910 y 1920, y cada capítulo lleva como subtítulo uno de estos años. Inicia con la descripción de la vida de los campesinos en tiempos del porfirismo, con sus duras condiciones de trabajo, la desigualdad entre los indígenas, por un lado, y los que los explotan: el hacendado, el alcalde, el cura (incluso durante las fiestas religiosas) y los dueños de las tiendas de raya. La mayoría de los peones son instrumentos ciegos del patrón, con la excepción de Antonio Hernández, el protagonista de la novela, quien pasa un tiempo en el ejército y regresa a la hacienda contagiado de las ideas de Madero. Aunque en el inicio falten por completo los topónimos, hay que imaginarse, como región donde está situada la narración, el estado de Morelos, donde culmina también la acción, con el asesinato de Zapata:

La narración presenta, de año en año, los sucesos que van a cambiar la situación del país y la actitud del campesino. Al triunfo de Madero, demasiado efímero para que cambie las condiciones del campo, sigue la traición de Victoriano Huerta, que desata una nueva revolución, más sangrienta que la primera. Y luego el levantamiento de Emiliano Zapata, el gobierno de la Convención y el decreto de 6 de enero de 1915 que establecen la repartición de la tierras (Castro Leal 1969: 176).

La tierra es tema y *Leitmotiv* de la novela. Pero es acompañado por muchos otros motivos que ilustran la situación de los campesinos: el lenguaje, la educación, el pasado de los indígenas. Por ejemplo:

—Mire, compa; yo he oído algo de eso de las tierras, que fueron de nosotros y que nos han quitado los abogados. Tengo la idea, pero no sé discursar. ¡Qué desgracia la de no conocer las letras! (López y Fuentes 1969: 275).

La parte más interesante del libro, también como testimonio de los sucesos históricos, es el relato sobre las circunstancias del asesinato de Zapata, el líder admirado por todos los campesinos. ¿Por todos? Siempre hay intereses y traidores. El desenlace fatal en la trampa de Chinameca se cuenta en *Tierra* con estas escuetas palabras:

El general había avanzado cinco metros más allá de la puerta, ya dentro del patio. Entonces, los seis hombres del retén —que presentaban armas—, ejecutaban un pequeño movimiento, dejando caer los cañones en un ángulo agudo. Y se escuchó una descarga.

El general Zapata, violentamente, intentó dar media vuelta, con la idea de salir de semejante trampa. Pero él se quedó a la mitad del movimiento. En el primer flanco se derrumbó, azotando el suelo. El animal salió huyendo.

El cabo se acercó al general. Con la carabina le dio el tiro de gracia (López y Fuentes 1969: 299).

Escribe Antonio Castro Leal:

Y el año de 1920, mientras los comités agrarios reparten las tierras entre los campesinos, el regocijo de ese triunfo lo empaña la inacabable tristeza por el gran caudillo desaparecido, cuya sombra ven pasar, hombres y mujeres, en las noches desoladas (Castro Leal 1969: 177).

El mito de Zapata inmortal se había creado, y el autor de *Tierra* lo incluye en su narración histórica. Al contrario del soldado raso de la Revolución, fuera un personaje real o un invento literario, Zapata seguía con vida para el pueblo. Escribe López y Fuentes al final de su novela:

Existe la seguridad de que Antonio Hernández está bien muerto, pero nadie sabe dónde se halla enterrado. En cambio, el general Zapata todos saben dónde está enterrado; pero nadie, en el rumbo, cree que ha muerto [...] (López y Fuentes 1969: 302).

Vale preguntarse si los mitos forman parte de la historia. Para los que los crean, los relatan y los conservan, son parte de su realidad. Y de su historia.

En *¡Mi General!* (1934), el protagonista narra, en primera persona, las peripecias de su carrera militar y sus experiencias en la vida política del país. De vaquero llega a ser general, apoyándose en un grupo de compañeros de su tierra, y conoce las diferentes etapas de la Revolución mexicana. Cuando llega a la Ciudad de México, provoca escándalos para hacerse conocer entre los militares y la población de la capital. Participa en campañas, adquiere cierta fama como general e inicia una carrera política. Como diputado y funcionario del partido oficial gana mucho dinero y puede permitirse una vida privilegiada, con fiestas, banquetes, amante, etc. Pero comete errores tácticos, empiezan las intrigas, pierde sus puestos políticos, los amigos lo abandonan y es obligado a ganarse la vida con una serie de “chambas”. Finalmente, tiene que huir de la ciudad, regresa a pie a su tierra y se reintegra a la vida modesta del campo.

Gregorio López y Fuentes desarrolla en *¡Mi General!* todo un programa de acusaciones y denuncias de la corrupción reinante en el

movimiento revolucionario. “¡Mi General!” es un *Leitmotiv* y un programa para estructurar la novela. A lo largo de la novela, “¡Mi General!” es pronunciado frecuentemente y en las más diversas situaciones y de la manera más variada. El saludo “¡Mi General!” aparece por primera vez en la novela poco tiempo después de que se habló de que el protagonista se “había pronunciado y de que los rebeldes estábamos para llegar”, y de que “mis muchachos me estaban diciendo a cada momento ‘mi general’” (López y Fuentes 1969: 312-313). Suena cada vez más su nombre en el país, aunque en su primera llegada a la capital, tiene que darse cuenta de que en la ciudad de México había muchos generales y de que tenía que llevar a cabo una acción extraordinaria para destacar. Se decide por una provocación y una riña con balacera en una cantina.

A la mañana siguiente una de mis grandes satisfacciones. Había derrotado la anonimidad. Sonaba mi nombre. A fin se me conocía. Hasta mis hechos de armas salieron a la luz pública con motivo del suceso en la cantina (López y Fuentes 1969: 328).

De aquí en adelante saludan respetuosamente al general, aunque, a lo largo del tiempo y, dependiendo de la suerte que corría en la política, se escucharán muchos matices, desde “¡Mi General!” hasta “¿Pero usted es [...] mi general?” y “Con que tiene usted el grado de general [...]?”. Siente enojo, cuando alguna vez se le “llamó públicamente ex general” (López y Fuentes 1969: 357). Después de haber caído en desgracia, sus antiguos compañeros se le acercan en la calle con un “¡pst! – ¡General, General!” (López y Fuentes 1969: 351) y, en una ocasión, cuando lo detienen por “hablar mal del gobierno” y él no se atreve a decir que era general, lo insultan con un “¡Ah! ¿Conque ni a antecedentes llega? ¡Adentro!” (López y Fuentes 1969: 359), y lo meten al calabozo. Al final de su trayectoria y cuando tiene que huir –nuevamente anónimo– hacia su terruño, se le aconseja “¡No sea ambicioso, general!” (López y Fuentes 1969: 361), y como últimas palabras de la novela, pronunciadas entre conmiseración, ironía y respeto, suena un indulgente “¡Mi general!” (López y Fuentes 1969: 364).

De esta manera se muestra cómo el protagonista atraviesa los altos y bajos de una gran variedad de situaciones sociales y políticas. A veces triunfa y en ocasiones sufre y teme por su vida. Pero en el fondo no cambia, sino sigue sacando provecho del momento hasta agotar

recursos tácticos y financieros y, finalmente, se ve obligado a aceptar su regreso a sus modestas raíces.

En *¡Mi General!*, López y Fuentes nos quiere presentar un personaje prototípico de la clase política antes, durante y después de la Revolución, con unas de estas características:

Es valiente:

Tanto se elogió mi estrategia que, envanecido, apechugué con una mentira: haber tenido un plan, un bosquejo previo, cuando que siempre he accionado bajo la indicación de los hechos inmediatos (López y Fuentes 1969: 335).

Es muy macho:

Mire, don; a mi no venga con calaveras de vaca a espantarme. ¡A mí hábleme claro, que para eso tengo bien apretado el cuero con que se detienen los pantalones! (López y Fuentes 1969: 307-308).

Es ambicioso:

Al siguiente día todos los periódicos publicaron mi retrato, la historia de mis hechos de armas, incluyendo algunos de los cuales yo no había tenido noticia antes, pero que creí conveniente no rectificar. Durante los días que estuve en la ciudad no podía presentarme en ninguna parte sin que la gente exclamara: –¡Ahí va! –¡Él es! (López y Fuentes 1969: 333-334).

Es vanidoso. Cuando le habla alguien en la cantina que lo conoce pero no sabe su nombre, se enoja:

Las copas, el horror al anonimismo, la predisposición, todo hicieron que yo estallara ante semejante ofensa. ¡No saber mi nombre! Y declararlo en mis propias barbas! Fui a tomarlo por el pezcueso [...] Con gran impulso lo arrojé contra el mostrador, como quien arroja un fardo. La cabeza chocó brutalmente. El vejete se quedó tirado sobre los escupitajos. Iba a recogerlo para arrojarlo otra vez, pero se interpusieron tres o cuatro de los invitados (López y Fuentes 1969: 327).

Es rencoroso y colérico. Cuando se le rechaza una solicitud de reingreso con un “General, véame usted dentro de quince días”, se pone furioso:

La negativa así encierra un desengaño inmediato, pero quince días [...] Fastidiado de esperar, renuncié a mi reingreso. Y se me fue amargando el espíritu al grado de que por aquellos meses sólo respiré odio, mastiqué bilis y escupí blasfemias (López y Fuentes 1969: 355).

Es jugador:

Me hice de algunos ‘amigos’ y supe de esa vida de los jugadores, siempre ilusionados y siempre defraudados. Me fui llenando de prejuicios acerca del juego, y, cuando perdía, siempre atribuí el hecho a fuerzas exteriores, como encontrarme con un individuo de mal agüero para mí, pero jamás a mi mala suerte (López y Fuentes 1969: 360).

Es mujeriego con mala conciencia: “Con la boca muy amarga y con mis billetes reducidos a la mitad, amanecí en brazos de una mujercita menuda y vulgar en un hotelucho de mala muerte” (López y Fuentes 1969: 331).

Es borracho: “Hicimos un viaje de ferrocarril sumamente divertido. Bebimos y jugamos a las cartas. No pocos riñeron” (López y Fuentes 1969: 362). Existen mucho más ejemplos en la novela.

Le gustan la plática, la retórica y la broma. Y se comenta en varias ocasiones la importancia de las tres: “Bromeando, cantando y diciendo palabrotas los arrieros cargaban bien temprano sus mulas” (López y Fuentes 1969: 318).

Le gusta la guerra, la campaña:

Por fin llegó la orden de salir. A la hora de los preparativos mis muchachos retozaban de gusto. La ciudad nos había cargado ya lo suficiente para no desear ir al campo [...] Los trabajos de embarque fueron llevados a cabo en medio de una gran alegría. [...] Durante el trayecto de ferrocarril todo fue cantar con acompañamiento de guitarra” (López y Fuentes 1969: 332).

Es un castigo para él el tener que trabajar como asalariado:

Mi resolución de trabajar era la renuncia a mi carrera. ¿Por qué el médico, el abogado y otros, estén en el poder o en la desgracia, son siempre lo que han sido? Cuando alguna vez se me llamó públicamente ex general, yo sentí enojo. ¿Acaso mis hechos de armas, tan celebradas entonces, pueden borrarse con un ex? ¡Aunque se me diga ex general, yo sigo y seguiré siendo *el general*! Confieso, sin embargo, que en ocasiones el generalato ha sido un lastre para mí. Es algo así como el Don cuando lo lleva un pobre (López y Fuentes 1969: 357).

Cuando, para colmo de su desgracia, ya de regreso a su tierra, le ofrecen cuidar un establo, estalla su orgullo:

¡Cuidar un establo! [...] A mí me digan de echar la arreada con los perros, lazar una vaca a campo raso, curar la gusanera a un becerro, capar un toro, ya sea a cuchillo o a mazo [...] ¡Trabajos de hombre! (López y Fuentes 1969: 362).

Es chismoso y siempre espera que en la política le toque, nuevamente, un ‘hueso’:

Algunos de esos tipos traidores y rayados de lengua nos pusieron el mote de ‘hojalateros’, precisamente porque, a fuerza de anhelar se realizaran los hechos que barajábamos en nuestros intercambios de noticias antigobiernistas, siempre decíamos: ‘ojalá’ (López y Fuentes 1969: 356).

Es malinchista:

Felices los que se resolvieron por el destierro. Ellos están, sin duda alguna, menos amargados que yo. Si se han lamido a solas sus propias llagas, esto ha sido por la indiferencia de los extraños, entre hombres de otra raza [...] Yo me he comido los dedos entre la gente de mi sangre, como si no me conocieran quienes antes me adularon (López y Fuentes 1969: 360).

“El protagonista de *¡Mi General!* no es en realidad un pícaro, como a veces se ha dicho”, apunta Antonio Castro Leal (1969: 177) en su introducción a las novelas de Gregorio López y Fuentes:

Le falta una base moral sólida y por ello es fácil presa de las costumbres políticas de su tiempo. Si el protagonista de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán, y sus amigos perdieron la vida al oponerse a la consigna política del caudillo en turno, el protagonista de *¡Mi General!* pertenece a un grupo más numeroso: al de los equivocados, que perdieron no su vida, sino la situación de privilegio que tenían en las altas esferas gubernamentales (Castro Leal 1969: 177).

Resumiendo podemos constatar que López y Fuentes nos presenta una imagen más bien desoladora de los protagonistas desengañados de sus novelas, instrumentos y beneficiarios del movimiento revolucionario. Cunde el egoísmo, la traición, el machismo, el asesinato político en las filas de la Revolución. Publicó sus novelas en los años treinta, cuando, por un lado, se establecía el mito revolucionario como doctrina oficial del partido dominante. Por el otro lado, a los escritores que fueron testigos y participantes en las diferentes etapas de los movimientos revolucionarios, no les era posible escribir esa historia heroica unilateral que de ellos esperaba y sigue esperando el *establishment* instalado en el poder.

El general acepta el retiro y el regreso a su terruño sólo como última posibilidad de sobrevivencia, después de haber fracasado políticamente. Lo único que lo puede salvar de la ruina son sus conocimientos de ganadero y hombre del campo, adquiridos en su juventud. Es la única base sólida de su existencia.

Dado que López y Fuentes omite en su novela *¡Mi General!* casi por completo los nombres propios de personas, regiones, lugares, referencias concretas a batallas, fusilamientos, desplazamientos ferroviarios, etc. —con la excepción de la capital, la ciudad de México, donde se desarrolla buena parte de la acción—, logra un efecto de generalización en su descripción de los hechos. Pero ese procedimiento literario le quita a su novela ciertas características de la novela histórica, ya que sólo *insiders* y excelentes conocedores de la historia de México podrán relacionar la indeterminación y a veces, incluso, la vaguedad de las descripciones con hechos y personajes históricos concretos.

4. Las novelas de B. Traven

Existe una diferencia fundamental entre la producción novelística de Gregorio López y Fuentes y la de B. Traven: en las obras del autor mexicano se integran experiencias propias; él ha sido testigo de los sucesos de la Revolución, entre 1910 y 1920, él la ha visto con ojos propios, mientras que B. Traven llegó en 1924 a México, como inmigrante ilegal, en la época posrevolucionaria. Pero los sucesos de la Revolución estaban todavía muy presentes en la sociedad mexicana; es más: todavía no eran “historia”. El hombre que en los años veinte empezó a llamarse Traven Torsvan o B. Traven o B. Traven Torsvan empezó inmediatamente a informarse sobre su nuevo entorno y a interesarse por la situación política y social de México:

Con todo, el antiguo revolucionario y autor alemán de esbozos literarios sobre la vida cotidiana pudo reconocer temas familiares en su exótico nuevo medio; tal vez incluso se haya dado cuenta muy pronto de que podría perseguir sus intereses políticos y literarios sin desviarse mucho de su trayectoria original (Guthke 2001: 275-276).

Encontró en México un ambiente ideal para un revolucionario que en Alemania no había podido realizar su sueño de ayudar a implantar un nuevo sistema político. Empezó a juntar material para nuevas publicaciones ambientadas en el México prerrevolucionario y posrevolucionario. De una importancia invaluable para él era la experiencia de sus viajes por Chiapas. En sus diarios y por medio de sus tomas fotográficas juntó mucho material que después transformaría en las novelas del “Ciclo de la Caoba”. Pero antes, en 1928, publicó su libro sobre Chiapas, *Tierra de la primavera*.

Las primeras dos novelas del “Ciclo de la Caoba” son *La carreta y Gobierno*, publicadas en 1931 en Berlín, editadas en México en 1949 y 1951, respectivamente, en la traducción de Esperanza López Mateos. Sigue en 1933 *La marcha hacia el reino de la caoba*, publicada en Zürich, al igual que *La troza* (1934) y *La rebelión de los colgados* (1936), traducida al español por Esperanza López Mateos y publicada en México en 1950. El ciclo culmina con *El General. Tierra y Libertad*, novela publicada en 1940 en Ámsterdam; el título original en alemán es *Ein General kommt aus dem Dschungel*. La traducción al español estuvo a cargo de Rosa Elena Luján y se publicó en México en 1966.

En esas novelas, B. Traven no sólo quiso incluir su conocimiento antropológico y cultural sobre Chiapas, adquirido durante sus expediciones en los años veinte y plasmado en *Tierra de la primavera*, sino también tenía la intención de presentar los trasfondos históricos, políticos y sociales de la Revolución de 1910, “una de las revoluciones más interesantes que han ocurrido” (Guthke 2001: 452). Su objetivo y convicción eran que “ciertas novelas fuertes llevan al socialismo con la misma o mayor seguridad que *El capital* o los libros de Lenin o Engels” (Guthke 2001: 452). Traven también “quería ‘dar valor a los oprimidos en Europa y mostrarles cómo hacer las cosas y que ninguna dictadura es invencible’” (Guthke 2001: 453).

La mayor parte de *La rebelión de los colgados* se desarrolla en los últimos años del régimen de Porfirio Díaz, mientras que el último tercio de la novela alude al inicio de la Revolución y a acontecimientos durante el año de 1911. Tras la rebelión de los colgados, es decir, de los indígenas explotados y martirizados en la selva chiapaneca, los leñadores sobrevivientes obtienen el control de las monterías. Después de largos días y noches de debates y preparativos se ponen en marcha bajo el mando del “General” (un desertor del ejército), del “jefe de estado mayor” Celso (el líder de los indígenas sublevados) y del “ideólogo en jefe” Martín Trinidad (antes un profesor de escuela). Este ejército de esclavos liberados atraviesa la selva y sale de ella, con el objetivo de juntarse con los movimientos revolucionarios surgidos en el país. Su grito de guerra es “¡Tierra y libertad!”.

Desde su publicación, *La Rebelión de los colgados* y otras novelas de B. Traven fueron leídas, en Europa, como un llamamiento contra la represión y contra la dictadura nacionalsocialista. La novela *Gobierno*

fue puesto en el primer índice de libros prohibidos publicado por el régimen nazi.

La recepción de *La rebelión de los colgados* en México empezó en 1941 con la puesta en escena del tema y su presentación en la provincia mexicana. Como novela, se publicó en 1950, en la traducción de Esperanza López Mateos. Para la filmación en Chiapas primero se podía ganar la colaboración de Emilio “El Indio” Fernández, “pues la novela *La rebelión de los colgados* era ‘cosa fuerte’ y asunto de indígenas, o sea, muy al modo del *Indio*” (García Riera 1993: 180). Pero el trabajo avanzaba muy lentamente, y Emilio Fernández renunció como director. Lo sustituyó Alfredo B. Crevenna quien terminó la filmación dentro de nueve semanas. El estreno fue en 1954, en el cine “Chapultepec”, donde se quedó en la cartelera durante tres semanas.

El General. Tierra y Libertad empieza así: “‘Tierra y libertad’. Con este grito de guerra en los labios, un grupo de indios abandonó las monterías del sur de la República para derrocar la dictadura y conquistar tierra y libertad” (Traven 1971, II: 893).

Es interesante que la novela *El General* retomara los sucesos de *La rebelión de los colgados* allí donde esa termina, con la salida de la selva de la “gran horda”, dividida en ocho grupos o compañías: “Cuando por fin lograron salir de la selva y se encontraron con el primer pueblecito, *el General* dio a conocer las pérdidas sufridas” (Traven 1971, II: 873). La lucha con las inclemencias del clima y las dificultades encontradas en medio de la naturaleza había hecho estragos en el ejercicio de los rebelados. Y retomando esa situación difícil después de describir la organización del ejército y de sus mandos en las primeras doce páginas de *El General*, el autor deja salir a los rebelados de la selva en el mismo lugar: “Después de caminar a través de selvas inhóspitas, el ejército llegó por fin al primer poblado” y “era posible que muy pronto se librara la primera batalla” (Traven 1971, II: 906-907).

Ésta se lleva a cabo entre el ejército de los rebeldes –unos 600 hombres, algunos acompañados por sus mujeres y sus hijos– y los rurales, “cuerpo de policía federal montada destinada al campo, [que] eran un arma especial del dictador” (Traven 1971, II: 895), como comenta el narrador. En unas 30 páginas se narra, con lujo de detalle, cómo el ejército compuesto mayoritariamente de indígenas vence a los rurales. Pero

la estrategia que *el General* había formulado era digna de un experimentado y brillante mariscal de campo. Lograr sacar a los rurales de su seguro escondite en la hondonada, donde por su superior armamento eran inexpugnables, era en sí una obra maestra (Traven 1971, II: 932).

A pesar de sus propias bajas, las tropas festejan su victoria y después de sepultar a sus muertos, *el Profesor*, antiguo maestro de escuela, “el jefe intelectual, el cerebro del ejército” (Traven 1971, II: 902), se dirige, en un largo discurso, a sus camaradas y termina así:

Quitémonos todos el sombrero y honremos a los que han caído por nuestra revolución. Tomemos cada uno un puñado de tierra y depositémosla sobre las tumbas en donde ahora duermen. Y después de eso gritemos: ¡Tierra y Libertad! ¡Viva la revolución agraria! ¡Abajo los dictadores y los tiranos! ¡Tierra y Libertad!

Cuando los muchachos habían gritado esta invocación que *el Profesor* había pronunciado ante ellos, y guardado unos segundos de silencio, *el Profesor* levantó su mano y dijo, ahora con voz reposada:

—¡Adiós, muchachos! ¡Que duerman bien! ¡Adiós, muchachos! ¡Dulce es morir por la revolución de los pobres y de los oprimidos! (Traven 1971, II: 945).

Y así, vitoreando sus éxitos, mandado por un estratega genial y orientado intelectualmente por un ideólogo convencido, el ejército revolucionario se abre paso por las comarcas chiapanecas, bajo un cielo predominantemente lluvioso, hasta llegar a las cercanías de Balún Canán. Pero la novela no termina con la victoria final y definitiva del movimiento revolucionario (el mismo B. Traven ya se había transformado, a lo largo de su estancia en México, en un escéptico respecto a los logros de la Revolución). Y visto desde una distancia de casi 100 años, los historiadores evalúan con reserva los logros y resultados del movimiento de “¡Tierra y libertad!”. No, las últimas palabras las tienen los profesores, porque el afán didáctico e ideológico de B. Traven superó su deseo anárquico de abogar por un cambio radical de la estructura de la sociedad, aunque sea con violencia y guerra. No, el país necesitaba, ante todo, transformar a la sociedad a través de la educación. Y así termina la novela *El General*, de unas 300 páginas, con el diálogo entre dos profesores:

—Dígame, Gabino Villalba, profesor rural ambulante, ¿por qué no se queda aquí con nosotros? Quiero decir, permanentemente. Bien podríamos utilizar otro maestro. Uno para los niños menores y otro para los pequeños. [...] Desde luego que el sueldo no será mucho, eso depende de muchas cosas que habrá que arreglar de hoy en adelante. Pero, con sueldo o sin él, le prometo que mientras esté con nosotros, nunca pasará hambre.

–Si es así, amigo y colega, ¿para qué necesito sueldo? Mi sueldo nunca me ha llenado el estómago. Desde luego que me quedo. [...] Esto es lo que yo había anhelado desde que tenía ocho años. Y tuve que cumplir los treinta y siete antes de encontrármelo.

Se levantó. Alzó el puño cerrado y gritó a manera de saludo:

–Muchachos, ¡Tierra y libertad!

Los muchachos contestaron a una voz:

–¡Tierra y libertad! (Traven 1971, II: 1165).

5. Comparaciones y conclusiones

El gesto del puño cerrado no se ha perdido por completo. Y tampoco el grito de guerra de los revolucionarios y el mito de que Zapata no haya muerto. Siguen existiendo los idealistas que luchan por un mundo mejor, y los políticos y generales corruptos. La educación ha avanzado mucho en el país, pero está lejos de satisfacer plenamente. La Revolución ha dejado sus huellas en el campo mexicano, pero éste no es como lo habían soñado los zapatistas y los políticos que habían firmado el decreto del 6 de enero de 1915.

Las cuatro novelas sobre la Revolución aquí presentadas y comentadas fueron escritas hace 70, 75 años, aproximadamente. Las dos obras de Gregorio López y Fuentes ponen en el centro de las tramas el asesinato de Zapata y la traición de la Revolución, por un lado, y el éxito militar y el fracaso político y ético de un general, por el otro.

Las dos novelas de B. Traven están llenas de entusiasmo por el inicio y las metas de la Revolución. Contienen muchas páginas de sermones ideológicos, de proclamas revolucionarias y de enfrentamientos terribles entre opresores e indígenas que empiezan a luchar por sus derechos, con las armas en sus manos. Hay pasajes donde estalla el “odio hacia la burguesía y el canto a la anarquista *revolución total* (así la denomina en *La rebelión de los colgados*” (Ruffinelli 1978: 52). Pero parece que, paulatinamente, B. Traven tiende a optar por la vía pacífica de la educación, como él mismo pudo observar el desarrollo de México durante el gobierno de Lázaro Cárdenas y de otros presidentes. Un año antes de su muerte, sin embargo, presencié también la matanza de la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, que fue un amargo despertar para muchos mexicanos comprometidos con la libertad de expresión y manifestación.

Como informé al principio, las obras de B. Traven han sido juzgadas severamente por algunos críticos mexicanos por sus reflexiones

obvias, retóricas y panfletarias. [...] Como lectores modernos preferimos la narración *pura*, la que interna sus contenidos teóricos en los hechos mismos, antes que el didactismo y la tendenciosidad de la novela social de hace cuarenta [ahora setenta] años (Ruffinelli 1978: 64).

Los autores de las cuatro novelas “históricas” se tomaron muchas libertades en la construcción y reconstrucción de los sucesos de los años 1910 a 1920. No son, definitivamente, obras historiográficas, sino novelas con muchos personajes inventados o adaptados a las necesidades literarias. Pero creo que vale la pena retomar la lectura de esas obras y de muchas otras de la época para comparar las luchas, las visiones, las ilusiones y los desencantos de aquellas generaciones con la situación política, ideológica y social de la actualidad, heredera –de alguna manera– de la época revolucionaria.

Bibliografía

- Alegría, Fernando (1971): *Literatura y revolución*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Aub, Max (1969): *Guía de narradores de la Revolución mexicana*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Carballo, Emmanuel (1965): *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*. México, D.F.: Empresas Editoriales.
- Castro Leal, Antonio (ed.) (⁸1969): *La novela de la Revolución mexicana*. 2 tomos. México, D.F.: Aguilar.
- García Riera, Emilio (1993): *Historia documental del cine mexicano*. Vol. 7. Guadalajara/México, D.F.: Universidad de Guadalajara.
- Grimm, Florian (2008): *Reise in die Vergangenheit – Reise in die Fantasie? Tendenzen des postmodernen Geschichtsromans*. Frankfurt am Main: Peter Lang.
- Guthke, Karl S. (1987): *B. Traven. Biographie eines Rätsels*. Frankfurt am Main: Büchergilde Gutenberg.
- (2001): *B. Traven: biografía de un misterio*. Traducción de Angelika Scherp. México, D.F.: Conaculta.
- López y Fuentes, Gregorio (⁸1969): *Tierra y ¡Mi General!*. En: Castro Leal, Antonio (ed.): *La novela de la Revolución mexicana*. 2 tomos. México, D.F.: Aguilar, pp. 251-364.
- Montaño Garfías, Ericka (2008): “Confieren el Nobel a Le Clézio, caminante del mundo marginal”. En: *La Jornada*, 10.10.2008, p. 2A.
- Ocampo, M. Aurora et al. (eds.) (1988-2007): *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX*. 9 tomos. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Filológicas.

- Rall, Dieter (1995): "B. Traven, ¿un autor mexicano?". En: Hanffstengel, Renate von/ Cecilia Tercero (eds.): *México, el exilio bien temperado*. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas, pp. 95-105.
- (1996): "Literatura y etnología: los indios de Chiapas como tema en la narrativa alemana y mexicana". En: Rall, Marlene/Rall, Dieter (eds.): *Letras comunicantes. Estudios de Literatura comparada*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 21-82.
- (2003): "Die Rebellion der Gehenkten (1936) – La rebelión de los colgados. Die Verfilmung des Traven-Romans aus dem Jahr 1954". En: Helmes, Günter (ed.): *B. Traven. Frühe Romane und mediale Adaptionen*. Siegen: Börschen, pp. 129-140.
- Ruffinelli, Jorge (1978): *El otro México. México en la obra de B. Traven, D.H. Lawrence y Malcolm Lowry*. México, D.F.: Nueva Imagen.
- Sanciprián, Nancy (1991): *B. Traven en México*. México, D.F.: Conaculta.
- Traven, B. (1971): *Obras escogidas. Prólogo de Luis Suárez*. 2 tomos. México, D.F.: Aguilar.